

lipe Abbiati, de *San Agostino*, de las cuales algunas presentan los principales rasgos del Antiguo Testamento y de la vida del glorioso titular. El altar mayor resplandece bajo su rico adorno de lapislázuli, de jaspes, de ágatas orientales y otras piedras preciosas.

San Eustorgio tiene con que satisfacer al arqueólogo y al cristiano. Al primero le presenta dos monumentos notables, el púlpito y el sepulcro de San Pedro mártir. Es interesante ver cuál era la forma de nuestras cátedras cristianas en la Edad Média y conocer á los pueblos que permanecieron fieles á las formas primitivas del arte y á los que se alejaron de ellas. Los ambores, las tribunas de los primeros tiempos fueron reemplazadas por púlpitos. En Suiza y en Italia el púlpito actual ó el *palco* es una especie de estrado ó de tribuna oblonga en la cual el predicador puede ir y venir y conservar la libertad de movimiento, la gracia y la dignidad del porte que conviene al orador. Así eran también los púlpitos de la Edad Média.

La de San Pedro mártir forma una especie de gran tribuna de piedra, desde donde el elocuente dominico podía, yendo de un extremo á otro, hacer oír á su inmenso auditorio la defensa de la fe que algún día debía triunfar con susangre. Qué diferencia entre aquella tribuna tan noble, tan cómoda, tan respetable por su forma primitiva y esa caja de abeto suspendida de los pilares en las iglesias, tan mezquina, tan estrecha, tan desprovista á veces de forma y de ornamentación, en la cual el predicador, aprisionado y medio oculto, se encorva y se agita y está condenado á movimientos, sin gracia y sin dignidad. El sepulcro de San Pedro mártir es una obra maestra del arte en el siglo décimocuarto, de aquel arte natural y verdadero porque es profundamente religioso. Es necesario, sobre todo, notar las cariátidas góticas que

representan las virtudes del santo y que sostienen todo el edificio.

¿Pero quién es el santo cuya cátedra es un objeto de veneración, ese santo cuya memoria han consagrado las artes y cuya cabeza constantemente rodeada de piadosos peregrinos descansa en un relicario de oro y de cristal? Este es uno de aquellos hombres poderosos en obras y palabras que salvaron la civilización de la Europa salvando la fe; bienhechores de la humanidad cuyos nombres ha olvidado el materialismo moderno que está gozando los frutos de sus trabajos, pero á quienes el reconocimiento católico sigue invocando y bendiciendo. Mientras en la Italia oriental San Antonio de Pádua pone en fuga por el brillo de sus milagros el error y la tiranía, San Pedro mártir hace palpitar bajo los golpes de la gracia victoriosa al resto de la península. Es imposible contar las ovejas que arranca á los grifos del maniqueísmo. Es tal el entusiasmo y la veneración que inspira, que las poblaciones enteras van delante de él con la cruz, el estandarte, las trompetas y los tambores. A menudo se ven obligados á llevarle levantado en una litera, temiendo que sea oprimido por la muchedumbre. Entretanto el odio á los maniqueos iguala al amor á los católicos y se aumenta hasta el punto de que le mandan asesinar entre Como y Milan. Antes de morir reza el santo el *Símbolo* y ruega por sus asesinos. Su oración es oída; su asesino entra en la casa de los Dominicos de Forli en calidad de hermano convertido y allí expía su crimen derramando lágrimas de la más austera penitencia; ved ahí á la Edad Média. Nosotros estábamos de rodillas delante del sepulcro del mártir seiscientos años después de su muerte, que acaeció el 6 de Abril de 1252.

17 DE ABRIL.

San Ambrosio.—Recuerdos de Teodosio.—Sepulcro de Stilicon.—Mosáico.—Cuerpo de San Ambrosio,—de Santos Gervasio y Protasio,—de Santa Marcelina.—Lecho de San Satiro.—Crucifijo de San Carlos.—Bautisterio.—Recuerdo de San Agustin.—Recuerdos de la peste de Milan.—San Carlos y Calvino.—Rito Ambrosiano.—Escuela de San Ambrosio.—Lazareto.—Monza.—Iglesias.—Pinturas.—Tesoro.—Corona de hierro.—Anécdota.—Seminario de los filósofos.—Vuelta á Milan.

Tuve el consuelo de decir la misa en la crypta donde descansa San Ambrosio con Santos Gervasio y Protasio. Hubiera querido celebrar en el cuerpo mismo del gran doctor, pero un reglamento que se nos enseñó en la sacristía prohíbe celebrar los santos misterios en aquel altar, á no ser que se celebren según el rito ambrosiano. La iglesia de San Ambrosio, cuya fundación se remonta al año 387, es uno de los monumentos más antiguos de la antigüedad cristiana. Antes de entrar, se encuentra el pórtico cuadriforme, que aislando la iglesia del ruido y del tumulto servía de setación á las primeras órdenes penitentes. Hé aquí el umbral sagrado en el cual San Ambrosio detuvo á Teodosio. Estas piedras que veis con vuestros ojos, que pisais con vuestros piés, han visto al señor del mundo rodeado de todo aquel brillo de la pompa imperial, presentarse en aquella iglesia después de la matanza de Tesalónica. Si ellas pudiesen hablar os repetirían las sublimes palabras que han oído de boca del Pontífice: "Señor; parece que no sentís todavía la enormidad del crimen cometido por vuestras órdenes; que el brillo de la púrpura no os impida reconocer la debilidad de vuestro cuerpo tan magnifi-

camente cubierto. Estais hecho del mismo limo que vuestros súbditos; no hay más que un señor del mundo. ¿Os atreveriais, orando, á levantar hácia él esas manos todavía teñidas con una sangre injustamente derramada? Retiraos, pues, y no vengais á agravar con un nuevo crimen á aquel de que sois culpable.—Pero David pecó, respondió el príncipe excusándose.—Supuesto que le habeis imitado en su pecado, imitadle también en su penitencia." El emperador se sometió y quedó excluido por ocho meses de la participación de los sagrados misterios.

San Ambrosio, deteniendo á Teodosio, San Leon deteniendo á Attila, San Basilio deteniendo á Valencio ¿en dónde encontrar alguna cosa más sublime, más social en los anales de los pueblos? ¿Cosa notable! Aquellos grandes ejemplos de protección del débil contra el fuerte, del derecho contra la injusticia, de la verdad contra el error, no se encuentran en la historia de los sacerdocios paganos, ni en la de las iglesias heréticas ó cismáticas. ¡Solo á la Iglesia católica pertenece exclusivamente el honor de darlos al mundo! Decir la razón de esto sería inútil. Cuando los términos de un problema están puestos tan claramente así, cualquiera puede despejar la incógnita.

Los principales monumentos de la basílica ambrosiana son: la antigua tribuna ó púlpito de mármol blanco, desde la cual veía San Ambrosio al jóven Agustin entre sus oyentes más constantes; la famosa serpiente de bronce levantada en medio de la nave, que unos han tomado por Esculapio y otros por la que Moisés levantó en el desierto; el sepulcro de Stilicon y de su mujer Serena. El altar mayor resplandece bajo su famoso *Paliotto* de oro, obra maestra de platería del siglo décimo; y la ábside del coro atrae las miradas hácia su bello mosáico del siglo noveno, su parte superior; el Salvador está sentado en un

trono de oro brillante de pedrerías, y tiene á sus lados á San Gervasio y á San Protasio. No lejos de allí aparece San Ambrosio, á quien Dios reveló en un misterioso sueño el lugar en donde descansaban los cuerpos de los dos mártires. A este propósito, un viajero frances que presume de erudito, pero á quien le falta muy á menudo el sentido cristiano, se escandaliza y exclama: «San Ambrosio se duerme diciendo misa, hasta que un sacristan le toca la espalda para despertarle y enseñarle que el pueblo espera. ¡Singular momento elegido por el artista en la vida de este gran santo! Se sabía que Fenelon se había dormido en el sermón; San Ambrosio durmiendo parado en el altar es todavía ménos edificante.» Así se escribe la historia.

En el fondo del presbiterio está la cátedra pontifical de San Ambrosio, de mármol blanco, sencilla y sin esculturas. Cerca de allí se venera el crucifijo con que bendecía San Carlos al pueblo, durante la peste. En la capilla que lleva su nombre descansa Santa Marcelina, digna hermana de sus dos hermanos Ambrosio y Sático, de quienes fué amable preceptora. La misma basilica encerraba también el cuerpo de San Sático trasportado despues á San Víctor; pero conserva siempre el lecho que usaba. A vista de aquellas columnas torcidas, de madera, de aquellas tablas dos veces venerables, el cristiano experimenta lo que hasta el turista se consideraria dichoso en sentir si viese la toga de Ciceron ó la silla curul de César.

Nuestras impresiones fueron tanto más vivas cuanto que un acontecimiento de la vida de San Sático repite á todas las generaciones la fe ardiente de los primeros cristianos y el amor indisoluble que les unia al Dios Redentor. Sático se había embarcado para el Africa con el fin de recobrar algunos bienes que se retenian in-

justamente á su hermano. El navío naufragó desgraciadamente. Sático no era entonces más que catecúmeno. Ruega á los fieles que llevaban la Eucaristía consigo, segun costumbre, que le den una hostia consagrada. La envuelve en su *orarum*, especie de pañuelo que los Romanos llevaban en el cuello. Provisto de este sagrado depósito se arroja al mar, sin esperanza de tabla en que sostenerse; nada y llega á tierra el primero. Para atestiguar á Dios su reconocimiento se bautiza y muere muy poco despues en brazos de Ambrosio y de Marcelina.

Al salir de la piadosa basilica, visitamos el Bautisterio por siempre célebre, en donde el gran Agustín llegó á ser el hijo de aquella Iglesia católica, de la cual debia ser la luz más brillante. Era el día 8 de las calendas de Mayo, el 23 de Abril del año 387, víspera de Pascua; 1 en aquella noche solemne el bautisterio, resplandeciente de luz, estaba lleno de catecúmenos de largos vestidos blancos. Un pueblo inmenso sitiaba los pórticos; los himnos sagrados se elevaban al cielo con el humo del incienso. Ambrosio, revestido con su traje pontifical, llega llevando de la mano al hijo de Mónica, el profesor de elocuencia de la gran Roma, á Agustín, su noble conquista; le sumerge en la fuente sagrada. Segun la tradición de la Iglesia de Milan, despues la tercera inmersión, Ambrosio, en el entusiasmo de su amor y de la alegría, entona el himno sublime del *Te Deum*, que Agustín sigue con él improvisando algunos versículos. ¿Hay temeridad en desafiar al artista cristiano, al viajero, quien quiera que sea, á que deje de sentir emoción al visitar aquel bautisterio inmortal y á no recitar el himno de acción de gracias?

Entretanto lo avanzado de la hora nos

1 Possidius, Vit. August., n. 42; Ambros., *epist. ad E. Amilium*.

llamaba á la catedral; queriamos asistir á la misa mayor celebrada segun el rito ambrosiano. Seria fuera de propósito explicar aquí la razon de las numerosas trasposiciones en el orden de las ceremonias. Me contentaré con señalarlas, agregando que en ellas se ven brillar los usos venerables de nuestra antigüedad cristiana. La misa comienza por el *Introito*, seguido del *Confitemini Domini, quoniam bonus*; el *Kirie* no se dice sino despues del *Gloria in Excelsis*. El Evangelio se lee en una especie de pupitre ó ambon muy elevado, á fin de que pueda ser oido por todo el pueblo: á la lectura se sigue el *Kirie, eleison*. El celebrante no se lava las manos sino inmediatamente ántes de la consagración; al recibir la comunión cada fiel responde *Amen*; la misa acaba con un tercer *Kirie, eleison*.

Pero de todas las ceremonias la que recuerda más distintamente los usos de la primitiva Iglesia es la ofrenda del pan y del vino. En el momento del Ofertorio el celebrante baja á la entrada del coro, en donde le son presentados el pan y el vino por la *Escuela de San Ambrosio*. Se da este nombre á diez ancianos y á diez mujeres de edad mantenidas á expensas de la iglesia. Dos de estos ancianos revestidos con trajes particulares, presentan el pan y el vino. El primer anciano presenta tres hostias y el otro una vinajera de plata llena de vino. Dos mujeres vienen á su turno á presentar el pan y el vino; todos, hombres y mujeres, son seguidos por el resto de la Escuela y van sucesivamente á hacer la oblación de los símbolos eucarísticos. Y esta costumbre os transporta diez y ocho siglos ántes á las basilicas de Constantinopla y á las catacumbas de Roma; y el sacrificio os parece lo que es en realidad, la obra comun de todos los miembros de la Iglesia, del clero como del pueblo: *meam ac vestrum sacrificium*.

Esperando la salida de los wagones que debian conducirnos á Monza, salimos de las garitas para visitar el lazareto, que se hizo tan famoso por la peste de Milan. Este edificio del siglo décimoquinto tiene mil doscientos piés en cada cara, está rodeado de un pórtico abierto y espacioso cuyos arcos se apoyan en columnas de granito de una sola pieza. Cada apestado tenia su cuarto. En medio del vasto terreno encerrado en los pórticos se levanta una capilla en donde se decía la misa para los enfermos. Parece que se ve á San Carlos Borromeo ofreciendo la augusta víctima por los cuarenta mil infestados que llenaban, durante la epidemia, aquella morada del dolor y de la muerte.

Dos voces que resonaban en la misma época parecían herir todavía nuestro oido. La primera es la del santo arzobispo diciendo á los sacerdotes milaneses, cuyo ejemplo animaba su valor: «Los más tiernos cuidados con que el mejor de los padres debe rodear á sus hijos en estos tiempos de desolación, esos mismos debe prodigar el obispo á sus ovejas por su celo y por su ministerio, á fin de que todos los demas hombres, inflamados por su ejemplo, emprendan todas las obras de la caridad cristiana. En cuanto á los curas y á todos los que tienen el cuidado de las almas, lejos de ellos el pensamiento de privar del más pequeño servicio á sus rebaños en un tiempo en que les son necesarios, toman la determinación fija de arrotarlo todo de buena voluntad, aun la misma muerte, más bien que abandonar en la extrema necesidad de toda clase de socorros á los fieles confiados á sus cuidados por el Salvador que los ha rescatado con su sangre. 1

Del otro lado de los Alpes, oíd la voz de los ministros protestantes, que interrogados por el Consejo de Ginebra, no te-

1 Concil. Med. V., c. 4, p. II.